
El fundamentalismo religioso y el Estado en el siglo XX

*León Rodríguez Zahar**

Ha habido una época, la que empieza en 1600, durante la cual el hombre no se sentía encajado en sí mismo, en sus casillas, en su quicio, más que cuando pensaba conforme a la razón, es decir, que no creía auténticamente más que cuando creía tener razón. Es el hombre moderno que empieza por ser el hombre galileano y cartesiano. ¿Será definitivo este tipo de hombre, esta forma de la vida que depende de la razón?

JOSE ORTEGA Y GASSET

El fundamentalismo religioso se puede definir como una politización de los valores más tradicionales, principalmente religiosos, de una sociedad. A diferencia de lo que suele pensarse, no es un fenómeno limitado al Islam: por el contrario, es una tendencia generalizada en las sociedades actuales y prácticamente en todas las religiones. No obstante, son las tres religiones monoteístas — judaísmo, cristianismo e islamismo — las que lo han manifestado con mayor fuerza.¹

El fundamentalismo religioso surge en momentos de crisis de identidad y pérdida de sentido de las sociedades: de hecho, se han dado brotes fundamentalistas en diversos periodos históricos, pero el fundamentalismo de hoy tiene una serie de características particulares que nos permiten aislarlo y situarlo como parte del bagaje de fenómenos socioculturales propios del siglo XX.

* Internacionalista egresado de El Colegio de México. Es especialista en cuestiones vinculadas al Medio Oriente y el mundo árabe. Se desempeña como encargado de negocios *a.i.* en la embajada de México en Líbano.

¹ Se entiende "islamismo" en contraposición al Islam, como una degeneración política, una enfermedad. Ver Roger Garaudy, *Los integristas: ensayos sobre los fundamentalismos en el mundo*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Revolución secularizadora y crisis de las ideologías seculares

Roger Garaudy identifica integrismo con fundamentalismo: “El integrismo consiste en identificar una fe religiosa o política con la forma cultural o institucional que pudo revestir en una época anterior de su historia. Creer pues que se posee una verdad absoluta e imponerla.”² Joseph Campbell señala que los orígenes de este fenómeno deben remontarse a algún momento situado en el renacimiento europeo cuando se instaló en la conciencia humana la duda sistemática, la necesidad de buscar y verificar el conocimiento por medio de la razón. Lo primero que se puso a prueba fue el conocimiento sagrado contenido en las sagradas escrituras y sustentado por la iglesia. El conocimiento científico comenzó a erosionar la credibilidad de los mitos; la disrupción de éstos repercutió directamente sobre la legitimidad del orden social y político establecido. El proceso duró varios siglos aunque su punto culminante ocurrió al final del XVIII. En efecto, la ilustración, la revolución industrial, la teoría de la evolución, la revolución francesa tuvieron una consecuencia sobre el Estado moderno y la sociedad especialmente notable: su secularización.³ Las iglesias cristianas, especialmente la católica, reaccionaron de forma violenta aferrándose cada vez más a sus creencias.

El nacionalismo

Como señala Jacques Derrida, Europa vivió un verdadero *kulturkampf* en el siglo pasado. La sociedad industrial demandaba un nuevo sistema educativo, nuevos valores. Era necesario alimentar la maquinaria burocrática en expansión, así como la maquinaria industrial.⁴ El fenómeno no se limitó a Europa o América del Norte, sino que se expandió al resto del mundo. Así, el Estado decimonónico entabló una lucha sin cuartel contra las instituciones religiosas para ganarse la mente y el alma de los que fueron feligreses, ahora ciudadanos. De esta pugna surgió el Estado-nación contemporáneo que se implantó, con diversas distancias, sobre la sociedad civil; de ella surgieron, también, las raíces de la reacción fundamentalista.

Desde esta perspectiva, cabe recordar que la implantación de ese Estado moderno siguió en muchos casos a una revolución. Como apuntó Hannah Arendt, las revoluciones son procesos de modernización y, en un sentido más amplio, pueden entenderse como intentos violentos por sustituir la legitimidad caduca de

² *Ibid.*, p. 13.

³ Joseph Campbell, *Myths to Live by*, Nueva York, Bantam, 1988. El sociólogo Peter Berger utiliza el término secularización como sinónimo de oposición “a la dimensión de trascendencia del ser humano”.

⁴ Jacques Derrida, *Of Grammatology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1967.

los órdenes mitológicos establecidos por una nueva composición de mitos seculares.⁵ Dicho Estado secular termina por enfrentarse a las iglesias e instituciones religiosas, depositarias de los mitos tradicionales que no encuentran acomodo en el Estado y la civilización modernos. Al respecto, Roger Garaudy señala que el integrismo es sinónimo de inmovilismo como opuesto a la evolución, de tradición como opuesta al modernismo; el integrismo es, en una palabra, contrario a la laicidad. En cualquier caso, el Estado buscó vincularse directamente a la sociedad mediante el uso de las ideologías en sustitución de la religión; las ideologías intentarán capturar la capacidad de culto de las nuevas sociedades industriales y, si no destruir, al menos neutralizar a las iglesias.

Una ideología se puede definir como una visión ideal de la realidad: promete un cambio inmediato de esa realidad en un plano material y tangible. El nacionalismo decimonónico, con su sustrato de atavismos étnicos y tribales, fue terreno fértil en el cual prosperaron las ideologías y, de hecho, acabó fusionándose con ellas. Como ideología, el nacionalismo alcanzó una de sus máximas expresiones en las guerras balcánicas y en las luchas de independencia de África y América Latina que antecedieron a la primera guerra mundial.

El totalitarismo

El periodo de entreguerras vio la consolidación de una fase superior de las ideologías que trataba de borrar las fallas de las anteriores pero que, en sí, sólo las radicalizó y exacerbó. El stalinismo, el maoísmo, el nazismo, el kemalismo, etcétera, y sus ccos distorsionados en el resto de Asia y América Latina buscaron ante todo la supervivencia y el fortalecimiento del Estado-nación. En su afán hipercentralizador se volvieron intolerantes y, en la mayoría de los casos, trataron de suprimir cualquier alternativa de culto.

El propósito manifiesto de las nuevas ideologías totalitarias fue convertirse en sustitutos de las religiones. El líder surge como el gran pontífice, incluso, como una cuasidivinidad. Grandes mausoleos, cuerpos momificados, peregrinaciones, culto a la personalidad pretenden desplazar a los profetas y a los santuarios religiosos: los escritos políticos e ideológicos se convierten en sagradas escrituras, el partido, el ejército y la burocracia sustituyen a la misma iglesia, congregación de fieles. Particularmente, el ejército asume la responsabilidad de ser el guardián del Estado tanto en el interior como en el exterior.

El sistema educativo es otro pilar fundamental como órgano de adoctrinamiento. La cultura se oficializa. El arte se convierte en proganda: rimada, coloreada

⁵ Hannah Arendt, *On Revolution*, Nueva York, The Viking Press, 1963. Véase también su obra *Between Past and Future*.

o esculpida y, junto a todo esto, se instala el culto a la nación, a la patria, con el correspondiente despliegue de símbolos: santos laicos — héroes nacionales; héroes culturales —, banderas, himnos, constituciones, fechas históricas. El individuo asume una nueva identidad como ciudadano patriota y miembro del partido; no hay lugar para su identidad religiosa, la cual es sustituida por una identidad ideológica.

El tiempo también es víctima del Estado totalitario: con la pléyade de fechas memorables, días patrios y días de discursos del líder que intentan suplantar el santoral y los sermones. Los aniversarios de la fundación del Estado y sus centenarios o milenios — como el que el Estado nazi ansiaba alcanzar — son momentos de gran movilización y de renovación de la fe en las ideologías.

Sin duda, Hitler y Stalin llevaron esta tendencia a los extremos más aberrantes. En 1937, el alcalde de Hamburgo declaraba: “La palabra de Hitler es la Ley de Dios, no necesitamos sacerdotes [...] Podemos comunicarnos directamente con Dios a través de Adolfo Hitler.” En el mismo sentido, el director de las juventudes nazis afirmaba: “El servicio a Alemania se nos aparece como el servicio genuino y sincero a Dios: la bandera del Tercer Reich se nos aparece como la Cruz y el Führer es el Salvador.”⁶

Por su parte, Stalin persiguió implacablemente a las religiones en su intento por “sovietizar” a las más de cien etnias que el imperio ruso le había heredado. Asimismo, procuró sistemáticamente sacar el mayor provecho religioso de la muerte de Lenin. De ahí que el cadáver fuera momificado, se le erigieran estatuas en las principales ciudades de la Unión Soviética y se le construyera un mausoleo en que pudiera ser adorado.

Stalin, en su afán de desplazar la capacidad de culto de los soviéticos, ritualizó al máximo las ceremonias oficiales, en particular, aquellas que se celebraban en el ámbito del partido, desde la admisión de nuevos miembros hasta la “iniciación” de los niños pioneros.

La crisis ideológica de la posguerra

La segunda guerra mundial y las guerras posteriores condujeron a la crisis de las ideologías seculares y, en última instancia, a la pérdida de orientación y sentido de las sociedades involucradas, principalmente, en las décadas de los sesenta y setenta.⁷ Los Estados totalitarios derrotados en la segunda guerra mundial, las

⁶ Véase W. Langer, *The Mind of Adolf Hitler*, Londres, 1973, pp. 35-36.

⁷ Véase Garaudy, *op. cit.*, capítulo 2. El periodo de la posguerra, prácticamente hasta la década de los ochenta, fue una continuación de la lucha, esta vez, en contra del “totalitarismo de izquierda”. En diversos momentos la guerra fría alcanzó verdaderos tintes religiosos planteándose como un enfrentamiento del bien contra el mal.

democracias occidentales involucradas en procesos de descolonización y guerras de liberación nacional, las guerras entre los propios países del tercer mundo, enfrentados en conflictos territoriales, llevaron a las ideologías seculares a una crisis de credibilidad de la cual no se han podido recuperar.

En este contexto, el fundamentalismo reaparece con gran fuerza como una reacción que pretende llenar el vacío existencial dejado en el hombre por las ideologías. Se trata de un movimiento político de grupos cuya virulencia corresponde al grado de marginación al que fueron sometidas las instituciones o los sectores conservadores o tradicionales de una sociedad, depositarios de los mitos religiosos, a lo largo de lo que fue la revolución secularizadora de los siglos XIX y XX. Una de las primeras expresiones de reacción provino de la Iglesia católica, a través de diversos movimientos, como el franquismo y el *Opus Dei*, entre otros. En el mundo islámico se hizo presente por medio de movimientos como el wahabismo en Arabia, el mahdismo en Sudán y la hermandad musulmana en Egipto.

La contrarrevolución fundamentalista

Carl Gustav Jung sostuvo la tesis de que en el hombre existen necesidades tan profundas como la de crecer en algo, de encontrar sentido y propósito a la existencia. El hombre prefiere sufrir privaciones y penalidades antes que resignarse a la posibilidad de intrascendencia; este ingrediente fundamental de las religiones no pudo ser sustituido con las ideologías por el Estado-nación totalitario.

En efecto, una religión se define por ofrecer una visión trascendente de la realidad; mediante el apego a un código de conducta sagrado se orienta al individuo a actuar con miras a conquistar alguna forma de eternidad. De acuerdo con Campbell: “Con nuestros antiguos tabúes y mitos destrozados por nuestra [propia] ciencia moderna, en todo el mundo civilizado hay una creciente incidencia de vicios, crímenes, desórdenes mentales, suicidios... desesperación. Ello da pie a los gritos angustiosos de los predicadores que piden el arrepentimiento, la conversión y el retorno a la vieja religión”.⁸

Sin embargo, además del vacío que provino de la relativización de la “verdad científica” y del desprestigio de las ideologías totalitarias, hay otros dos elementos que explican el hecho de que las sociedades actuales busquen el retorno a sus fundamentos religiosos y culturales: por un lado, la tendencia globalizadora de la economía mundial, con los fenómenos aparejados de transnacionalización de la cultura, y pérdida relativa de la identidad y la autonomía política de los Estados. Por el otro, la crisis económica mundial que, con altibajos, se arrastra desde los

⁸ Campbell, *op. cit.*, p. 9.

años setenta y que ha acabado por minar al *Welfare State*, el Estado democrático benefactor paternalista de la segunda posguerra, tanto en los países ricos como en los pobres.

La proximidad del fin del siglo aúna a los elementos antes mencionados el auge de la tesis de catastrofismo ecológico. Ello ha condicionado la reedición de fenómenos como el milenarismo y el mesianismo, latentes en lo que Jung llamaría el inconsciente colectivo de las sociedades, especialmente, aquéllas con una tradición monoteísta: judaísmo, cristianismo e islamismo.⁹

Con base en estos antecedentes, se pueden distinguir tres manifestaciones de grado dentro del fundamentalismo moderno: a) el fundamentalismo como expresión de renovación moral y cultural de una sociedad; b) el fundamentalismo como manifestación tardía del nacionalismo anticolonialista; y, c) el fundamentalismo revolucionario y subversivo.

El fundamentalismo como renovación moral y cultural

El siglo XIX creyó que su mejor legado al siglo XX sería haberlo librado de una vez por todas de los mitos y las religiones, así como de las enfermedades. Las ideologías y la ciencia lograrían tal milagro. Éste es el anhelo redentor que subyace en las obras de Nietzsche, Marx o Frazer.

Sin embargo, como señala el antropólogo Jean Servier, nada de esto ha ocurrido:

Las orgullosas promesas de la ciencia en el alba de la era industrial no se han cumplido. Los relatos de los anticipadores del siglo pasado, que afirmaban que la máquina de vapor haría el reino de la felicidad y la paz universal, nos hacen sonreír por su ingenuidad [...] al igual que nuestros sueños de felicidad gracias a la astronáutica y la genética harán sonreír a nuestros descendientes [...] En sus libros de divulgación —que no son otra cosa que catecismos— la ciencia oficial se nos presenta como un conjunto de vacilantes hipótesis. Cuando se le urge [a responder] se reduce a solicitarlos [...] actos de fe.

En consecuencia, a finales del siglo XX nos encontramos en uno de los periodos de mayor inquietud religiosa, de una renovación de la mente mágica, tanto en países ricos como pobres:

Existe un gran fervor y fermento [religioso] El fervor, sin embargo, va en el sentido místico [...] y los que paradójicamente tienen más que decirnos son aquellos que se

⁹ Las tres religiones del tronco abrahámico comparten la creencia de la venida de un redentor. Éste anunciará “el final de los tiempos” y el juicio definitivo. Véase *Esperando el milenio*, Madrid, Ediciones 29, 1985.

creyó habían sido rebasados por la civilización, los que representan formas arcaicas de pensamiento: gurús, roshis, lamas, astrólogos, sufis...¹⁰

Si bien estas tendencias pueden considerarse inofensivas manifestaciones exóticas de desorientación cultural y social, no puede soslayarse su vinculación con la manifestación propiamente fundamentalista, ya que ambas tienen su origen lejano en el proceso antes descrito.

Un ejemplo concreto. Podríamos hablar de la existencia de un fundamentalismo estadounidense, cristiano protestante, asociado a los grupos más conservadores y tradicionales de la sociedad. Una encuesta realizada por *The Sunday Times*, en 1983, concluía que 70 % de los estadounidenses no votarían por un candidato que no creyera en Dios, aunque estuvieran de acuerdo con el resto de sus postulados. Asimismo, revelaba que la mayoría de los hombres y mujeres en el Capitolio y el Pentágono creen firmemente que serán la generación que presencie el Armagedón.¹¹

Quizá por ello, Ronald Reagan no dudó en hacer uso del credo fundamentalista cristiano durante su campaña y durante su primer periodo presidencial. Así se entienden sus referencias a los profetas bíblicos, a la Unión Soviética como el "imperio del mal" y a la Comunidad Europea como la bestia del Apocalipsis, entre otros.¹² Tampoco podemos olvidar la presencia de clérigos en las contiendas electorales estadounidenses como Jesse Jackson y Pat Robertson; fenómeno que también se da en otros países como el Irán posrevolucionario y Haití.

En el caso estadounidense, así como en el de otros países, hay una clara intención de moralizar la política y de politizar la moral. El Estado, a finales de siglo XX, busca llenar el vacío ideológico que padece con antiguos valores ético-religiosos. Esto abre el camino a grupos fundamentalistas diversos y a las iglesias desplazadas, que tratan de lograr su objetivo de restaurar los valores religiosos a la sociedad a través del Estado. Lo anterior es particularmente notable en el área de la educación y la cultura.

Ante la crisis de las ideologías y el desprestigio de los gobernantes, las iglesias comienzan a recuperar rápidamente su *status* y su influencia. En algunos países de América Latina asumen, incluso, el papel de árbitros en la política. En Israel, los partidos religiosos ocupan un lugar significativo en las luchas parlamentarias. En Europa del Este, las iglesias desempeñaron un papel primordial en la crisis del comunismo que, finalmente, acabó con los gobiernos comunistas.

¹⁰ Campbell, *op cit.*, p. 88.

¹¹ Véase Robin Wright, "Jewish Fundamentalism", *Christian Science Monitor*, 5 de noviembre de 1987.

¹² Véase la obra de Baignet *et al.*, *El legado mesiánico*, México, Roca, 1985, así como el número 3 de la revista *Facetas*, 1988, "Los valores norteamericanos y la religión".

En términos de reivindicación de la identidad cultural y de los valores tradicionales, este primer grado de fundamentalismo se asemeja al nativismo. “¿Qué es un nativista? Es un hombre que se aferra a percepciones del mundo perdido, para él todo el mundo debe estar en su cultura en vez de que su cultura esté en todo el mundo [...] Es doloroso para los pueblos que en otro tiempo vivieron en un mundo autónomo reconocer que éste no es otra cosa que una pequeña parte del todo...”¹³

A medio camino entre la manifestación nativista y aquella nacionalista se encontrarían los grupos mexicanistas que brotan por doquier en nuestro país como aquellos que se hacen llamar “neotoltecas”, chamanistas, concheros, o aquellos que reivindican derechos culturales de los grupos indígenas.¹⁴

Las “ligas de la defensa de la moral” o los grupos o círculos comunitarios que proliferan dentro de diversas creencias religiosas, desde el budismo hasta el catolicismo, y que se dedican a “mantener vivas las tradiciones religiosas”, caen dentro de este primer síntoma de reacción fundamentalista que se da en un nivel cultural. En el Irán prerrevolucionario proliferó este tipo de agrupaciones llamadas *dowrehs*; aunque se supone que perseguían fines sociales y culturales, sirvieron, de hecho, como base organizacional del movimiento jomeinista.

El fundamentalismo como manifestación de nacionalismo

En su segundo nivel, los grupos fundamentalistas representan la mayor fuerza de resistencia al dominio directo o indirecto del extranjero. En este caso, su virulencia se explica, por una parte, por el vacío ideológico y, por la otra, por la indisoluble vinculación entre identidad cultural y valores tradicionales religiosos. Sólo así se puede entender el caso de Afganistán, en el cual una ideología —el marxismo— que a mediados del siglo era considerada como fuerza liberadora, se convirtiera en una ideología símbolo de opresión interna y externa en lucha contra un islam nacionalista y liberador.

Lo mismo ha ocurrido en el Tíbet, donde el lamaísmo budista se ha convertido en símbolo de resistencia nacional a la presencia comunista china. El catolicismo, en Polonia o en Irlanda, ha tenido, por varias décadas, un papel de resistencia contra la opresión rusa y la británica, respectivamente. En Líbano del sur, el shiismo es una fuerza de resistencia nacionalista contra la ocupación israelí de la franja sur de ese país.

¹³ Citado en Fouad Ajami, *Los árabes en el mundo moderno*, México, FCE, 1983, p. 375.

¹⁴ En particular, recuérdese el impacto que han tenido obras como las de Antonio Velasco Piña y de Carlos Castaneda, entre otros.

La crisis del modelo socialista desató una oleada de reivindicaciones nacionalistas que utilizan fundamentalmente el discurso religioso. Tal es el caso de las repúblicas musulmanas ex soviéticas, especialmente, de las reivindicaciones de los chechenos, del judaísmo ruso, del cristianismo armenio, georgiano y ucraniano; en la ex Yugoslavia, encontramos los casos de la Bosnia musulmana, la Serbia ortodoxa y la Croacia católica.

El fundamentalismo como fuerza revolucionaria

Los grupos fundamentalistas pueden llegar a la violencia revolucionaria o terrorista para alcanzar sus fines; la religión politizada se convierte fácilmente en ideología fanatizada. El fundamentalismo llevado a su extremo consiste en la secularización de la religión, de manera que ésta asume todas las características de una ideología, incluido el propósito de lograr una transformación de la realidad material. Dependiendo de sus circunstancias, el grupo fundamentalista puede acudir a la violencia terrorista o a la revolución.

Un factor clave para explicar la posibilidad de una revolución fundamentalista es la presencia de una organización religiosa que sea capaz de asumir el liderazgo político y, posteriormente, apoderarse del Estado. Hasta ahora, Irán es el único ejemplo. Sin embargo, potencialmente, su caso se puede repetir en otras latitudes y dentro de otros contextos religiosos.

Como señala Max Weber en su obra *Economía y sociedad*, las organizaciones religiosas se encuentran situadas entre dos realidades, dos compromisos opuestos: su compromiso social, mundano, y su compromiso místico.

Desde esta perspectiva, lo que hizo posible la politización del clero shiita en Irán fue un cambio revolucionario en el pensamiento y los dogmas religiosos debidos al genio político del ayatollah Jomeini.¹⁵

En el shiismo, al igual que en el judaísmo, existe el paradigma de un Estado teocrático ideal, que sólo podrá ser fundado por el “imán redentor” o por el “mesías”, respectivamente. En este sentido, el fin de una era o de un ciclo —sea por el inicio del siglo XV musulmán, o el XXI cristiano—, provoca una fuerte expectativa mesiánica, de nivel colectivo, en los creyentes. El ayatollah Jomeini supo aprovechar ese momento y, además, logró convencer a la mayoría de sus colegas teólogos, lo mismo que a la comunidad de creyentes, de que era necesario hacer una revolución islámica en nombre del “imán redentor”, para garantizar la salvación del shiismo amenazado por la monarquía “corrupta, traicionera, extran-

¹⁵ Un movimiento como el iraní no debe parecernos tan exótico: apenas en la década de los veinte tuvo lugar en México la llamada “guerra cristera”; sin olvidar el enfrentamiento entre la iglesia católica mexicana y el gobierno liberal ante la Reforma, en el siglo XIX.

jerizante, entreguista y antiislámica” de los Pahlevi. Con ello rompió el concordato clero-monarquía que había existido en Irán desde el siglo XVI.¹⁶

En algún punto intermedio se encuentra el movimiento zapatista mexicano que, en sus reivindicaciones y aspiraciones, muestra sus vínculos e inspiración en la teología de la liberación.

En el caso de Estados Unidos, a partir de la década de los ochenta, se han acentuado tendencias fundamentalistas radicales y subversivas vinculadas, de alguna forma, con un protestantismo atomizado de grupos blancos anglosajones que se sienten marginados y desplazados. Tal es el caso de La nación aria y cristiana, la Resistencia blanca aria y el *Posse comitatus*, entre otros grupos. El común denominador es su tendencia xenófoba y racista mezclada con un fanatismo religioso que los lleva al desafío armado del gobierno federal al que satanizan y culpan por expropiarles sus libertades.

En el caso de Israel, la politización del clero no es menos interesante. Como se sabe, el Estado de Israel es laico, al menos formalmente en su origen; fue establecido con base en una ideología secular nacionalista y socialista: el sionismo. Los grupos ortodoxos judíos se negaron a participar en este proyecto por considerar que se suplantaba al mesías. Sin embargo, a partir de 1967, con la conquista de los territorios bíblicos, incluida Jerusalén oriental, y, sobre todo, ante la perspectiva de que éstos sean devueltos a los árabes, se ha desatado una activa participación de los rabinos en la política, los cuales defienden las tierras bíblicas de “Judca y Samaria” (Cisjordania). Algunos grupos han llegado, incluso, a la violencia terrorista como en Hebrón, en febrero de 1994, o a ser proscritos como el grupo Hai V’kayam que lucha por recuperar para el judaísmo la explanada del Templo de Salomón, ocupada hoy por las mezquitas de Omar y de El-Aqsa.

Antes de 1973, el conflicto palestino-israelí se dio en términos de ideologías nacionalistas esencialmente seculares. Después de esa fecha, y ante el triunfo de la revolución islámica en Irán, el conflicto tiende a expresarse en términos religiosos; así lo muestra el activismo de grupos palestinos extremistas como Hamas y el Yihad. Varios Estados musulmanes, con sus ideologías desgastadas por largas dictaduras y guerras, enfrentan el desafío de grupos extremistas subversivos como el FIS, los Yihads y las hermandades musulmanas.¹⁷

¹⁶ León Rodríguez, *La revolución islámica clerical de Irán*, México, El Colegio de México, 1991.

¹⁷ Algunos Estados musulmanes, en mayor o menor medida, han tenido que modificar sus códigos de leyes para ajustarlos a la ley islámica tradicional, la sharia. Particularmente notable es el caso de Sudán, donde tal medida ha sumido al país en una guerra civil-religiosa entre cristianos del sur y musulmanes del norte.

Del nivel de centralización de las organizaciones religiosas depende en gran medida la orientación que éstas puedan asumir, lo cual también determinará sus relaciones y su acomodo en el Estado moderno.

El “clero” shiita o sunita, el sacerdocio rabínico y el sacerdocio protestante presentan una estructura sumamente descentralizada. Ello ha facilitado la politización de sus miembros. En cambio, el clero católico o el ortodoxo mantiene estructuras altamente centralizadas. Ello no impide que, idealmente, las comunidades cristianas aspiren — lo mismo que sus contrapartes judías o musulmanas — a ser gobernadas por un vicario de Dios, con leyes “cristianas”, y por un Estado teocrático.

Por ello, cuando las revoluciones seculares destruyeron la legitimidad divina de las monarquías cristianas o del califato otomano, resultó muy difícil encontrarles un sustituto en el largo plazo. En el caso del catolicismo, la existencia de un Estado Vaticano en el cual gobierna el vicario de Dios es una fórmula que ha seguido permitiendo el control de las poblaciones católicas. No obstante la arraigada jerarquización y centralización de la autoridad eclesiástica, el Vaticano no ha podido evitar las tendencias fundamentalistas de muchos de sus miembros, especialmente en América Latina. Tal es el caso de algunos obispos exponentes de la teología de la liberación, quienes enarbolan un programa de reforma social profunda, basado en “auténticos valores cristianos”, y pueden llegar a apoyar a grupos revolucionarios. La reacción a este tipo de situación no ha sido menos extrema, igualmente fundamentalista.

Cuando el fundamentalista debe elegir entre lo que considera su lealtad a Dios o, más frecuentemente, a un líder religioso, y su lealtad al Estado, el político laico puede estar cierto de su decisión. Al respecto, resulta elocuente la siguiente apreciación hecha por el escritor iraní Ahmed Taheri con respecto al liderazgo del ayatollah Jomeini: “En una época como la nuestra, caracterizada por la presencia de políticos corruptos, cínicos, oportunistas y traicioneros, la fe inquebrantable de Jomeini parecía lo único digno de ser tomado en serio.”¹⁸

Conclusión

La ciencia y las ideologías, las dos grandes herencias del siglo XIX, han encontrado que no pueden ser sucedáneas de las religiones en el siglo XX. Aliadas, explícita o implícitamente, dirigieron la revolución secularizadora y modernizadora que culminó en la Europa del siglo XIX para extenderse hacia los países “atrasados”

¹⁸ Véase la obra de Amir Taheri, *The Spirit of Allah*, Betsheda, Adler, 1985.

de la periferia en donde inspiraron revoluciones nacionalistas de independencia, repúblicas socialistas o dictaduras modernizadoras.

En dichos procesos, uno de los principales obstáculos que había que vencer fueron las instituciones religiosas como depositarias de valores que no encontraban cabida en el Estado moderno.

Desde el punto de vista del fundamentalista, la ciencia, con su duda sistemática, y la ideología, con su esterilidad espiritual, no han hecho sino darle al hombre la angustia que deriva de la certeza de su intrascendencia. La ciencia ha minado la fe en los mitos religiosos que daban sentido y propósito a la existencia sin ofrecer nada a cambio; las ideologías han probado ser cementos frágiles para aglutinar a las naciones dentro del Estado secular moderno.

Michel Foucault reflexionaba sobre la revolución iraní en los siguientes términos:

Siempre se cita a Marx y el opio del pueblo. Sin embargo, la frase que le precede y que nunca se menciona dice que la religión es el espíritu de un mundo sin espíritu. Digamos entonces que el Islam, en el año de 1978, no fue el opio del pueblo, justamente porque fue el espíritu de un mundo sin espíritu.

¿Qué busca el fundamentalista? El fundamentalista quiere reivindicar la religión y los valores tradicionales para liberarse de la angustia existencial que padece. Ciencia e ideología han destruido la coherencia y el sentido sagrado de su existencia, expulsando a la religión hacia la periferia, marginándola. El fundamentalista pretende, a través de su lucha contra el Estado, devolver la religión al centro de la existencia individual y social, de ahí el aspecto totalitario de cualquier fundamentalismo. De ahí, también, que el fundamentalismo esté condenado a convertirse en una ideología religiosa que pretende ser superior a las ideologías seculares que aborrece con la sola diferencia de que se ampara en “la palabra de Dios”.

La lucha del fundamentalista contra el Estado se da en tres niveles:

- El “nativista”, quien no acepta que su tradición cultural haya dejado de ser el centro del mundo. El término se origina en Japón pero se puede aplicar a muchas sociedades. Desde su punto de vista, la regeneración de la cultura, particularmente de la ética tradicional, es la forma en que se puede lograr la salvación de su mundo, amenazado por valores extraños.
- El fundamentalista nacionalista — cristiano, judío, musulmán o budista —, quien ve en la dominación extranjera, directa o indirecta, una amenaza bárbara y atea. Desde su perspectiva, la defensa de sus valores religiosos es

la mejor garantía de su independencia. Para ello, está dispuesto a lanzarse a una guerra santa.

- Por último, el fundamentalista revolucionario, quien ve en el Estado secularizado que lo gobierna la fuente última de todos los males. El abandono de la religión, entendido en términos de la violación de la ley divina. Dharma, sharia, ley mosaica, etcétera, justifican una revolución en nombre de Dios, con la consecuente teocratización del Estado.

A lo largo del presente ensayo se ha sostenido la tesis de la participación necesaria del clero en las manifestaciones fundamentalistas. El clero o sacerdocio, como institución, cualquiera que sea la religión que represente, es el custodio por excelencia de los mitos sagrados que constituyen la base de la identidad cultural de una sociedad. Su participación puede darse de dos formas: a) Protagónica, es decir, a través de asumir directamente el liderazgo y la responsabilidad política revolucionaria, como en el caso de Irán; o b) compartida, en la que queda únicamente como fuerza inspiradora, legitimadora de un movimiento, como se observa generalmente en los movimientos independentistas-nacionalistas. Sin embargo, una vez en el poder y para mantenerse en él, los teólogos y clérigos harán de la religión politizada una ideología opresora, hasta con tendencias totalitarias. Ellos lo hacen, claro, en “el nombre de Dios”.
